



VII Concurso de Relatos Cortos

“Memorias y Cuentos del Moncayo”

Grisel, 2005.

**CATEGORÍA ADULTO: Primer Premio
Y PREMIO AL MEJOR RELATO AMBIENTADO
EN EL PUEBLO DE GRISEL: (COMPARTIDO)
Relato premiado: *“El último Banu Qasi”*.
Autor / a: Alberto Alcaine Vijuesca. Zaragoza.**

El último Banu Qasi

*A todos los que han forjado
la Historia de estas tierras,
dominadas por una gran montaña
y cuna de tres culturas*

El joven emir salió del amplio salón comedor y entró en el del trono para comenzar el trabajo de la tarde. Desde luego, no iba a ser tarea fácil. Desde la época en que su bisabuelo Abd-al-Rahman II tenía en su poder el emirato, la Marca Superior había sido un territorio rebelde que le había creado muchos problemas. Incluso eran constantes las alianzas con el enemigo cristiano. Pensaba que no había otro insulto mayor para el Islam, pero en este caso hasta cierto punto lo podía consentir.

La Marca Superior era un territorio que le servía de frontera con el Imperio Carolingio, y en el fondo, para el emir ese territorio no era sino una defensa, una especie de colchón contra el enemigo cristiano, a la vez que el punto de partida de la expansión del Islam hacia el norte. Pero lo que no iba a permitir era que sus propios walis, gobernadores de pequeños territorios a las órdenes del emir, estrechasen alianzas con los cristianos.

El asunto era difícil. Una vez más, uno de los Banu Qasi, wali de Tudela, había osado rebelarse contra el emirato. No había acatado la orden enviada para avanzar hacia la conquista de Pamplona. El emir sabía que el gobernador difícilmente iba a realizar tal empresa, ya que varios antepasados

suyos habían sido desposados con miembros de la realeza pamplonesa y las alianzas entre ellos eran comunes.

Uno de sus más fieles consejeros entró en el Salón del Trono. Era un anciano capitán que había combatido con las tropas de su abuelo Muhammad contra Alfonso III “el Magno”, Rey de los Astures, hacía casi 30 años. Conocía muy bien el panorama de la Marca Superior y sabía de las veleidades de los walis, a quienes había tenido tanto de aliados como de enemigos.

Su consejo fue firme: sólo podría acabar con la rebelión de los Banu Qasi si los apresaba y los desterraba a Córdoba. “Eso sí” –le dijo– “los Banu Qasi son geniales estrategas y mejores políticos, es por eso por lo que sus dotes dirigentes no deben ser desdeñados”. El plan era simple: tras unos años de destierro, el wali de Tudela debería volver a sus tierras y ser nombrado de nuevo gobernador, para que, una vez conocida la dura disciplina del emirato, sirviera a éste en la definitiva conquista de Pamplona.

El joven emir mandó llamar al mejor de sus capitanes y le ordenó seleccionar de entre las tropas a veinte guerreros que le acompañarían hasta Tudela, con el objetivo de apresar a Muhammad ibn Abd Allah, el último de los Banu Qasi. Una vez dispuesta la expedición, partieron al rayar el alba del día siguiente.

La luz de los últimos rayos del sol acariciaba las aguas del pequeño estanque del jardín del palacio del wali de Tudela. Una suave brisa mecía las hojas de los arbustos junto a los que paseaba Muhammad. Sobre su mente pasaban todos sus antepasados, fundadores de la ciudad, a los que evocaba en su pensamiento durante sus largos paseos al atardecer, en este caso tras una dura jornada de trabajo.

La suya era una familia de muladíes, cristianos convertidos al Islam, que a lo largo de casi doscientos años había gobernado gran parte de las tierras de Tarazona, Borja y Tudela, y que durante el mandato de su antepasado el gran Musa ibn Musa llegó a gobernar la ciudad de Zaragoza, centro de la zona nororiental de la Marca Superior. El propio Musa se hizo llamar el tercer Rey de Hispania, en clara alusión a su poder, y también a sus ansias de autonomía política del emirato de Córdoba. Era cierto: desde su primer descendiente, Casius, antiguo señor de Ejea, convertido al Islam en Damasco en el año 714 hasta hoy, habían pasado nueve generaciones que nunca habían sucumbido completamente al poder del emir de Córdoba.

Muhammad soñaba con volver a otorgar a su familia y a sus tierras el poder y la prosperidad de la que gozaban durante el Gobierno de Musa. Para él, Musa no era sólo su tatarabuelo, sino que además había sido un gran guerrero, a la vez que un político hábil para negociar alianzas duraderas, al que profesaba una digna admiración y al que tomar como modelo de gobernador.

De repente, su esposa salió de su aposento y se cruzó con él en el jardín. Fijó un instante su mirada en ella, ataviada con sus collares de oro y perlas, por lo que no pudo evitar lanzarle una leve sonrisa de complicidad. Ésta le propuso continuar el paseo vespertino juntos, aprovechando los últimos

días apetecibles del otoño, en las orillas del Queiles, cuyas cristalinas aguas procedían del cercano Mons Caius, venerado desde antiguo por los romanos. Desde la ribera el panorama era espectacular, pudiendo vislumbrar la puesta de sol al oeste. Todo, absolutamente todo lo que desde allí hasta el Mons Caius podía verse era de su dominio.

La idílica imagen se paralizó al instante cuando, al norte, pudo vislumbrar a un grupo de guerreros que portaban el estandarte del emir de Córdoba. Rápidamente cogió la mano de su mujer y regresó a su palacio.

Al llegar al palacio, Muhammad hizo llamar a sus dos más fieles siervos y les ordenó guardar unos valiosos documentos, monedas de oro y piezas de orfebrería de plata, de los que no se debían separar y que deberían poner a buen recaudo del emir de Córdoba. Eran sobretodo los documentos los que no podían caer en manos del emir, pues entre ellos se encontraba la lista de ancestrales alianzas con los Reyes cristianos del entorno de la Marca Superior, que tenían por objetivo afianzar el poder de los diferentes Reyes y ampliar sus dominios en Hispania. Además, también demostraba algo que el emir de Córdoba nunca perdonaría: los Banu Qasi eran, en realidad, una estrategia de los Reyes cristianos para poner al amigo en casa del enemigo. En efecto, el primer Banu Qasi, Casius, cristiano converso al Islam, se había ganado la confianza del emirato y desde entonces, generación tras generación, los Banu Qasi se habían transmitido la necesidad de mantener las alianzas con los Reyes cristianos que, a su vez, habían prometido a los Banu Qasi un futuro glorioso en las prósperas cortes que hicieran resurgir los tiempos de los antepasados visigodos de Hispania.

No tardaron mucho los emisarios del emir de Córdoba en llegar a la ciudad. La noche era ya cerrada y el palacio estaba iluminado por candiles y antorchas. El crepitar de las llamas daba un tenebroso aspecto a los sillares que conformaban el palacio. Sin duda, la noche se presentaba larga. O a lo sumo, se esperaba peligrosa para el futuro de los Banu Qasi. Los antepasados de Muhammad, le habían prevenido y preparado bien para este tipo de imprevistos. Su tatarabuelo Musa ibn Musa padeció varias expediciones de castigo entre los años 842 y 848, su bisabuelo Lubb estuvo cautivo en Córdoba hasta el año 859 por desacato a la autoridad del emir y su abuelo Muhammad reconoció inicialmente al emir, pero una posterior rebelión hizo que Córdoba enviara a los tuyibíes a la conquista de Zaragoza, que quedó fuera del poder de los Banu Qasi. Abd Allah, su padre, le había formado en todo tipo de estrategias para soliviantar el poder del emir y le había puesto en antecedentes para salvaguardar las alianzas que desde el principio los Banu Qasi habían tenido con los cristianos.

Los emisarios del emir cruzaron las puertas del palacio y su capitán fue introducido en el Salón principal, donde el gobernador de Tudela hacía espera nervioso, sosteniendo entre sus manos una taza de té persa que había llegado desde las lejanas tierras de oriente. El capitán rechazó la oferta que Muhammad le hizo para tomar té amistosamente. Y, sin dudarle, amenazó: "Allá afuera están los veinte hombres más fuertes de las tropas del emir.

Mañana en que raye el alba saldremos en dirección a Córdoba. El emir quiere comentar seriamente algunos asuntos con su excelencia”.

Muhammad no pudo oponer ningún tipo de resistencia a las tropas enviadas por el emir. Tampoco lo deseaba. Haberlo hecho habría significado romper definitivamente las relaciones con el emir, y eso tampoco era de su interés. Pronto rayó el alba y los emisarios del emir, junto con Muhammad, su familia y algunos de sus sirvientes salieron en cortejo siguiendo el curso del Queiles para emprender camino hacia Zaragoza, desde donde partirían hacia las lejanas tierras de Al-Ándalus.

El cortejo estaba encabezado por diez guerreros de las tropas del emir al mando del capitán y cerrando otros diez. Entre ellos se encontraban los sirvientes de Muhammad y, en medio, sobre un carruaje tirado por caballos el emir, su esposa y sus hijos. Uno de sus más fieles sirvientes, una vez que la comitiva había salido ya de Tudela, se acercó hasta el gobernador y le dijo que, con el ajetreo de la noche anterior, no había puesto a salvo los documentos y las joyas en palacio, y que las había tenido que llevar consigo.

Muhammad pensó que era mejor así, ya que el emir buscaría todas las riquezas y documentos de los Banu Qasi en Tudela y que, en todo caso, era mejor llevarlos consigo en el viaje y, si peligraban en algún momento, esconderlos a buen recaudo en la profundidad de cualquier bosque, cueva o vericuetto del camino.

Las aguas del Queiles se veían más feroces conforme más se acercaban a Tarazona. Atrás habían quedado ya las productivas huertas de la vega del Ebro y cada vez el Mons Caius, verdadero dueño y señor de las tierras que le abrazaban, mostraba un manto de nubes mayor. Comenzaba a hacer frío. Parecía que el invierno se había adelantado unos días y que el camino se iba a hacer más tortuoso de lo que en principio se antojaba.

En Córdoba, el invierno todavía no había hecho su aparición. Eso sí, las hojas de muchos árboles y arbustos habían caído ya al suelo, cubriendo de un manto amarillento los suelos del jardín de palacio. El emir andaba preparando la llegada de Muhammad Banu Qasi a la ciudad, donde ejecutaría los planes que su más sabio y fiel consejero le había recomendado. Calculaba que sus emisarios habrían llegado ya a Tudela y recogido al rebelde para conducirlo hasta su palacio, lo que le gratificaba. Pensaba que iba a ser él quien, tras la estela dejada por sus antepasados, iba a solucionar definitivamente el más acuciante de todos los problemas de la Marca Superior. Ello le llenaba de gozo. Quería que su nombre, el del Abd-al-Rahman III, pasara a los anales de la Historia como el que definitivamente afianzó el poder musulmán en todas las tierras de Hispania, centralizando todo el poder en el emirato de Córdoba.

Pero en los últimos días andaba urdiendo un nuevo plan. Sería él quien, en persona, obligaría a Muhammad Banu Qasi a luchar contra el Rey pamplonés Sancho Garcés para, de esta manera, mostrar a sus descendientes de lo que era capaz el emir de Córdoba para mantener su hegemonía en la zona. Mandó preparar a sus tropas y, al tercer día, salió con ellas en comitiva

con dirección a Zaragoza. En algún lugar del camino se cruzarían con la comitiva que, desde Tudela, se dirigía a Córdoba.

Al llegar a Tarazona la comitiva de los Banu Qasi, un frío cierzo se colaba por entre los sillares de la Zuda. Las escarpadas rocas que le circundaban se habían cubierto de un gran manto blanco que se extendía hasta lo alto del Mons Caius y que dominaba todo hasta más allá donde la vista podía llegar.

El capitán de las tropas del emir, tras una pequeña parada para comer en el palacio de la Zuda, decidió emprender rápidamente la marcha hacia Zaragoza por la vieja calzada romana antes de que la nevada fuese más copiosa. Si había suerte, podrían pasar sobre las estribaciones del Monte de la Ziesma antes de que el camino quedase completamente impracticable.

Estaba bien medrado el día cuando la comitiva tomó el camino hacia Borja cruzando el río Queiles. Dejándolo atrás enseguida, se adentraron por la vieja calzada romana que transcurría entre un frondoso bosque de encinas y carrascas. No llevarían ni una hora de viaje cuando hacia el nordeste divisaron un sólido torreón de sillares de piedra. Cada vez nevaba más y más copiosamente y desde hacía unos veinte minutos caminar sobre la nieve se hacía más y más difícil. Fue por eso por lo que las tropas del emir decidieron acercarse hasta el torreón, descubriendo a su alrededor el pequeño poblado de Samangos.

Samangos estaba rodeado por grandes bosques de encinas y carrascas que cubrían todo el cercano monte de la Ziesma, salvo un pequeño terreno que sus habitantes dedicaban a la huerta, regada por la acequia de Irosche, que tras pasar por el vecino pueblo de Grisel, llevaba sus menguadas aguas hasta allí.

El poblado apenas tendría una docena de casuchas dominadas por el torreón, que servía de vigilancia y se comunicaba visualmente con otros de la zona para alertar de los ataques enemigos, bien cristianos o musulmanes. Además, el torreón servía de fortaleza ante los constantes ataques de los enemigos, que saqueaban todo lo que encontraban a su paso, llevándose incluso a las mujeres jóvenes como rehenes.

En el torreón residían un puñado de guerreros que hasta hacía unos meses habían sido leales a los Banu Qasi, pero que fueron sustituidos unos días antes por una guarnición leal al emir de Córdoba. Desde antiguo se encontraban en el lugar varios hornos alfareros dedicados a la cocción de útiles de barro muy apreciados en la zona y cuya materia prima extraían de las ricas laderas arcillosas del monte de la Ziesma.

Los soldados que custodiaban el lugar, al llegar los más afamados guerrilleros del emir, les rindieron pleitesía y les reservaron para ellos y sus acompañantes el más caluroso de los rincones del torreón, pues se antojaba que su estancia en Samangos no iba a ser cosa de horas, sino más bien de días.

La familia de Muhammad se había acomodado en los bajos del torreón, en una estancia cercana a los establos, donde, pese a ser una de las más calurosas, a duras penas se mantenía en calor, ya que tras la copiosa nevada bajó la temperatura considerablemente, helándose toda la nieve virgen y haciendo por lo tanto todavía más impracticables los caminos.

Hacia ya una semana que el emir y sus tropas habían alcanzado el Mediterráneo. Pretendían llegar hasta Zaragoza bordeando el mar para evitar los altos macizos centrales y así salvar las copiosas nevadas de los primeros días del invierno.

La comitiva se había parado en una pequeña aldea costera desde la que el atardecer sobre el Mediterráneo daba color no sólo al cielo, sino también al mar que andaba algo revuelto. Calculó que la comitiva de los Banu Qasi estaría a punto de alcanzar Zaragoza, donde los tuyibíes les agasajarían con grandes fiestas y comidas durante unos días, como era tradición cuando las tropas del emir llegaban a una ciudad leal.

El emir decidió que esa sería la última noche en la que su comitiva descansaría y que, a partir de ese momento, caminarían día y noche hacia Zaragoza, para alcanzar la ciudad antes de que sus guerreros y los Banu Qasi emprendiesen camino desde allí hacia Córdoba.

Muhammad había perdido ya la cuenta de los días que habían pasado desde que llegaron a Samangos. Quizá serían diez o quince, o quizá veinte; pero no más de un mes. Durante este tiempo las nevadas se habían sucedido una detrás de otra, quizá con algún día de tregua en los que el sol no pudo derretir el hielo de los caminos.

La comida y la leña comenzaba a escasear y Muhammad propuso a las tropas del emir salir del poblado en busca de leña y algún animal para comer. Como la nieve no iba a permitir escapar de Samangos al Banu Qasi, las tropas del emir accedieron a condición de que dos de sus soldados le acompañarían durante la batida.

Salieron hacia el este donde, como les habían dicho los de Samangos, había una zona boscosa con abundante caza. Muhammad sabía que realmente no iba sólo a buscar comida. Su astucia le había hecho pensar antes en el futuro de su familia que en su estómago y cuando propuso salir de batida lo hizo también para buscar un lugar en el que esconder su tesoro, que veía peligrar tras tantos días parados en aquel lugar. Antes de adentrarse en la profundidad del bosque, Muhammad comenzó a mirar a derecha y a izquierda en busca de algún recoveco para esconder su tesoro y los documentos que atestiguaban las alianzas de su familia y así poder recuperarlos a su regreso.

Justo en la linde del bosque encontró un pequeño agujero en la tierra oculto por la maleza, junto a un pequeño talud que los que construyeron la acequia de Irosche calcularon celosamente para salvar un gran desnivel.

Cuando Muhammad quiso percatarse, los soldados del emir ya habían cazado dos jabalís y sus sirvientes habían cargado en los caballos grandes fajos de leña. Con la caza y la madera regresaron hacia Samangos de nuevo.

El incipiente invierno endureció aún más sus vigores y ya se habían repetido varias veces las salidas al monte en busca de alimento y leña. En algunas de ellas, Muhammad había sido acompañado por las tropas del emir. Otras, sin embargo, Muhammad había ido únicamente en compañía de algunos de sus servidores, ya que los guerreros del emir valoraron que la crudeza con la que el invierno se había manifestado les impediría escapar.

Era una mañana fría. Una niebla espesa cubría el monte en todas las direcciones. Muhammad reunió a sus servidores en su estancia del torreón, mientras el poblado todavía dormía. Les indicó que escondiesen bien entre sus ropas los documentos y las joyas que había mandado poner a buen recaudo, porque ante el evidente peligro que corrían estando tantos días en aquel lugar, había que ponerlas a salvo en algún sitio en el que nadie sospechase.

Cuando el día ya estaba bien entrado, pero la niebla todavía cubriéndolo todo, Muhammad y dos de sus sirvientes salieron de Samangos a cazar con el permiso de las tropas del emir. Recorrieron las lindes del bosque, en búsqueda del pequeño hueco que Muhammad había visto en días anteriores. Por fin lo encontraron, junto a la acequia de Irosche. Escondieron las joyas y los documentos en el hueco del terreno y lo taparon bien, dejándolo todo después de la forma menos sospechosa posible.

Emprendieron camino de regreso hacia Samangos, y apenas habían avanzado unos metros, una manada de lobos, hambrientos por la crudeza del invierno, se cruzaron en su camino. Los sirvientes que iban confiados delante de Muhammad no tuvieron tiempo para reaccionar. Los caballos se encabritaron, haciendo a los sirvientes caer a tierra. Allí, no tenían escapatoria. Los sirvientes fueron atacados por los lobos ferozmente, no dándoles tiempo a sacar sus armas. Una vez los lobos calmaron su hambre se retiraron a su refugio en el bosque.

Mientras, Muhammad huyó en su caballo, galopado velozmente hasta Samangos, donde alertó a los soldados del emir. Éstos corrieron en seguida al auxilio de los sirvientes. Pero fue en vano, al llegar al lugar no encontraron ni rastro de los lobos, pero sí los cuerpos sin vida, mutilados y magullados, de los dos sirvientes, que inmediatamente fueron enterrados en la dura tierra helada siguiendo el rito musulmán y cubiertos por unas grandes losas de piedra que hallaron en el lugar.

Muhammad quedó así como único conocedor del lugar donde quedó escondido el tesoro de los Banu Qasi, no muy lejos de donde fueron enterrados sus siervos.

La comitiva del emir llevaba ya cinco días de camino junto al Ebro cuando comenzaron a vislumbrar Zaragoza a lo lejos. El frío se hacía notar entre los soldados de la comitiva. Algunos ya habían caído enfermos,

desistiendo de continuar y quedándose en el camino en algunos poblados que la comitiva iba dejando atrás.

Zaragoza era una ciudad grande. Destacaba en ella la majestuosidad de la imponente Aljafería, un precioso y amplio palacio que, en principio, servía de residencia del gobernador en los meses más calurosos.

El emir sabía que si era descubierto entrando en la ciudad, las autoridades tuyibíes le agasajarían con todo tipo de festines y regalos, lo que le haría perder mucho tiempo. Por eso, decidió enviar a un emisario para preguntar si había llegado la comitiva de los Banu Qasi. Mientras tanto, sus tropas darían un rodeo a la ciudad por el sur, para emprender camino hacia las tierras de los Banu Qasi, a las que accederían por Magallón, una de sus últimas aldeas, y que siempre había sido fiel al emir de Córdoba.

El emisario obtuvo la negativa por respuesta, por lo que el emir pensó que el manto blanco que se podía ver desde Zaragoza era el responsable de la tardanza de la expedición de los Banu Qasi que, probablemente, se habrían refugiado en algún lugar, a la espera de que la nieve se retirase de los caminos y así poder continuar el viaje.

Una mañana, el frío se convirtió en una suave brisa que levantó las nieblas en Samangos. El sol castigó a la nieve con fuerza y los caminos empezaron, al menos, a poder reconocerse en la tierra. Los soldados del emir decidieron no desaprovechar la oportunidad que se les había presentado. Su capitán dio la orden de partida y salió de nuevo la comitiva de los Banu Qasi con dirección a Borja, lugar al que llegarían en un día. Desde allí, se dirigirían hacia Magallón, donde comenzarían su camino hacia Zaragoza, que les costaría dos días más.

Sin embargo, todo quedó en intenciones. Al segundo día de camino, salieron desde Borja a primera hora de la mañana y, antes de llegar a Magallón, pudieron divisar a lo lejos una gran masa de guerreros a caballo que se dirigían hacia ellos. La cabeza del grupo de guerreros estaba presidida por un estandarte, que conforme más se acercaba, más se asemejaba al del emir de Córdoba.

Los Banu Qasi no comprendían nada. El emir de Córdoba les había ordenado dirigirse hasta la sede del emirato, pero misteriosamente, otra tropa del emir aparecía por sorpresa en mitad del camino. Pensaron que se dirigirían hacia la frontera con el Reino de Pamplona, bien para reforzarla, o bien para emprender una incursión en territorio enemigo.

Cuando las dos comitivas estaban ya muy próximas, se saludaron con las reglamentarias cortesías. En ese instante, el emir salió de su carruaje para gran sorpresa de la comitiva de los Banu Qasi. Se dirigió hacia Muhammad y lo saludó efusivamente.

Las dos comitivas, que se habían unido en una se dirigieron hacia Tafalla, donde se erigía una fortaleza desde hacía unos 150 años para vigilar los accesos al Reino de Pamplona. Muhammad no comprendía por qué se dirigían hacia la fortaleza. Fraguó muchas hipótesis, pero ninguna era semejante, en lo más mínimo, a lo que iba a suceder.

En pocos días llegaron hasta Tafalla. El emir le hizo saber sus planes definitivos a Muhammad. “Mañana por la mañana”, le dijo, “nos acercaremos al campo de batalla. Allí te batirás en duelo personalmente con el enemigo cristiano”. “He enviado a un emisario para tantear el terreno y me ha informado que el propio Sancho Garcés, Rey de Pamplona, se ha desplazado hasta allí para dirigir personalmente la ofensiva, y yo te enviaré a ti como capitán de mis ejércitos”.

Muhammad pasó la noche en vela y a la mañana siguiente partió, junto con el emir y unos 200 guerreros. Bien entrada la mañana llegaron a la linde del campo de batalla, donde Muhammad, a la cabeza de las tropas del emir, tuvo que batirse cuerpo a cuerpo con las tropas enemigas.

Apenas había comenzado el combate cuando un guerrero enemigo se abalanzó sobre Muhammad y le atravesó el costado con la espada hiriéndole de muerte. Éste cayó al suelo agonizando y el enemigo, quitándose el casco, descubrió su rostro, que al último de los Banu Qasi le resultó conocido: era el propio Sancho Garcés, Rey de Pamplona, el que había acabado con su vida. Al ver a su capitán herido de muerte, las tropas que lo acompañaban se retiraron rápidamente del campo de batalla hasta el cercano castillo de Tafalla, donde se hicieron fuertes, desistiendo el Rey Pamplonés de atacarles.

Pasados los días y enterrado el último de los Banu Qasi, Abd-al-Rahman III retiró todos los privilegios a la familia y se encargó personalmente de regir las tierras dominadas por éstos. Todos los herederos y familiares de Muhammad fueron apresados y llevados hasta Córdoba, donde sirvieron en la corte del emir.

Del tesoro de los Banu Qasi nunca más se supo nada, aunque durante muchas generaciones la leyenda llevó hasta cerca de Samangos a muchos buscadores de fortuna, pero el paso de los tiempos hizo que quedase en el olvido.

Hoy, el lugar en el que la leyenda dice que enterró su tesoro el último Banu Qasi se conoce como Rey de Moros, habiendo desaparecido el bosque de carrascas y encinas que llegaba hasta la Ziesma. Las necesidades de los habitantes de los pueblos más cercanos han sustituido los frondosos bosques por campos de olivos ya centenarios mucho más productivos.

Del torreón todavía se pueden ver varios sillares removidos en el lugar donde estaba enclavado y del poblado de Samangos no queda nada, sino una pequeña ermita que recuerda su emplazamiento.

En un campo de esta partida de Rey de Moros se encontraron hace años unas antiguas tumbas, posiblemente musulmanas por estar orientadas hacia La Meca, que quizá puedan ser las de los sirvientes de Muhammad, el último de los Banu Qasi.